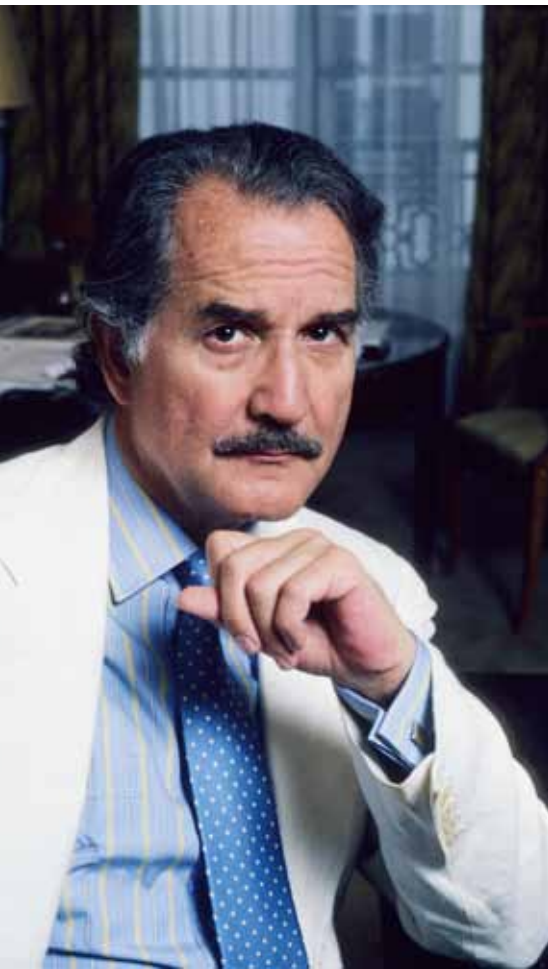


Los descuidos de Fuentes

Rafael Toriz



Carlos Fuentes en París, 1979
(Photo by Ulf Andersen/Getty Images)

DESDE HACE MÁS DE TRES DÉCADAS, uno de los deportes recurrentes de cierta crítica literaria —principalmente la mexicana— ha consistido en abjurar de la obra de Carlos Fuentes. Desde la publicación de su novela *Terra Nostra* (1975), fue evidente que la calidad de su literatura venía en picada al instalarse en un limbo autocomplaciente que, para pesar de sus lectores más conspicuos —que reconocen su maestría en la *nouvelle* y el relato corto—, otorgó la razón a la crítica esgrimida por Juan Rulfo: “el problema con Fuentes es que escribe mucho y encima lo publica”, demostrando un parco sentido de autocrítica. Por varias razones, *La gran novela latinoamericana* es una prueba de dicha prevaricación.

Más que un libro articulado, este tomo de ensayos —cuya organicidad está dada apenas por el índice y no por una coherencia interna— se presenta como una conjunción de fichas de lectura, mostrando el cajón de sastre en el que se injertó material añejo sin la menor delicadeza. Varios de los textos que se incluyen han sido publicados con anterioridad en su totalidad o en parte y jamás se notifica en el libro. Su texto sobre el brasileño Machado de Assís, uno de los más logrados, calca párrafos enteros de su libelo *Machado de la Mancha*, publicado por el FCE en 2002. Haciéndose eco de uno de los instantes más lúcidos de Milan Kundera en *El arte de la novela*, Fuentes rescata la idea de una modernidad paralela a la de la razón cartesiana; es decir, la inaugurada por Cervantes y su concepción de la novela como cohesión conflictiva del mundo, tradición festiva que continuarían Lawrence Sterne con el *Tristram Shandy*, Denis Diderot con *Jacques el fatalista*, y que en América Latina se vería perfectamente eslabonada por las *Memorias póstumas de Blas Cubas* en el siglo XIX.

Lo mismo sucede con el capítulo dedicado a Vargas Llosa, ya que reproduce su texto publicado en *La nueva novela latinoamericana*, e inserta con poco tino y menos elegancia comentarios extemporáneos y pegados con engrudo.

Decepciona esta obra porque parece que el autor no se tomó la molestia de ensamblarlo (el libro también recicla sus textos sobre Augusto Roa Bastos, Sergio Ramírez y Aguilar Camín, publicados anteriormente en *Geografía de la novela*). Abundan las repeticiones y el aire catequista, en un estilo que recuerda la grandilocuencia de un abogado culto o la prosa cansina de un funcionario retirado. Algunas imprecisiones son escandalosas, otras tienen que ver con los personajes que cita, las ediciones y los textos (para una obra de esta naturaleza habría sido obligatorio un índice onomástico). La sensación permanente es que uno está leyendo un monstruo al que el Dr. Frankenstein abandonó en las manos de editores asombrosamente incompetentes. O que el autor navega con la brújula rota.

La parte más valiosa del libro son los primeros tres capítulos, donde aventura la sugestiva consideración de Bernal Díaz del Castillo como novelista, toda vez que encuentra, en las palabras del viejo soldado que *reconstruye* su memoria, “una épica vacilante ya no es una épica: es una novela. Y una novela es algo contradictorio y ambiguo”. Tiene sentido.

El libro cuenta con 22 capítulos dispares cuya mayor fortaleza radica en cobijarse al amparo de una tercia de ases: Maquiavelo, Tomás Moro y Erasmo. Luego del prometedor arranque, verdaderamente luminoso, es una pena que la obra devenga fichero de reseñas.

No convence su inclusión de Borges en un análisis sobre la novelística latinoamericana —como no sea en el orden del capricho— y menos aún por qué repara en la obra de autores mexicanos ubicados en el polo de la literatura más institucional, flemática y aburrida (Reyes Heróles, Aguilar Camín). De ahí que se detenga, al margen de revisar con generalidades verbosas las obras de Onetti, Cortázar, García Márquez, Lezama



Carlos Fuentes
La gran novela latinoamericana
Alfagura, Madrid, 2011, 439 pp.

Lima y José Donoso, en el trabajo de escritores tan vaporosos como Jorge Edwards, Hernán Lara Zavala, Bárbara Jacobs, la generación del “crack” y hasta Xavier Velasco, quien no tiene solución. Queda la sensación de que, al hablar de escritores vivos, el mexicano habló superficialmente de algunos de sus amigos, como quien otorga dádivas o prestigios (en los textos dedicados a Juan Villoro y Daniel Sada se adivina el bomberazo).

Al respecto de la literatura rioplatense, en un apartado que sin sostén conceptual denomina el *post-boom*, menciona a los autores argentinos que le parecen más notables. Su lista incluye a Ricardo Piglia, Luisa Valenzuela, César Aira, Martín Caparrós, Sylvia Iparraguire y Matilde Sánchez. Bien sabido es que Fuentes considera a la literatura del Río de la Plata como la más potente de la lengua, pero no convence su porqué. Se le quedaron en el tintero buena parte de los argumentos.

Por salud y cortesía, no suelo comentar libros que no me gustan. Entiendo que la crítica debe ser un puente entre la voluntad y el entusiasmo, la voracidad y el apetito. Creo, con Steiner, que la crítica debe abrir más libros de los que cierra. Así de simple.

Lejos se encuentra *La gran novela latinoamericana* de libros extraordinarios como *Tiempo Mexicano*, *Cervantes o la crítica de la lectura* o *El espejo enterrado*. Esta obra, desmesurada sin lugar a dudas, podría haber sido más humilde: pensarse cuando menos como un libro. ■■